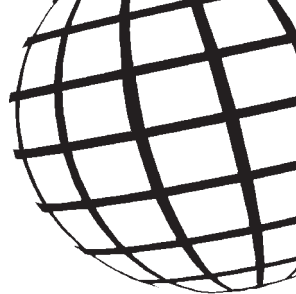


Actualidad de la guerra y conflictos de cuarta generación



Ángel Tello*

*La lucha contra la insurgencia es
como comer sopa con un cuchillo.*

T. E. Lawrence

Ocurridas la caída del Muro de Berlín y la desaparición de la Unión Soviética muchos pensaron, como Francis Fukuyama, el *fin de la historia* y el ocaso definitivo de una manera que tenían los humanos para resolver sus disputas de poder empleando la violencia. Creencia ésta que cuenta con importantes antecedentes, entre otros, en las ideas de los positivistas de fines del siglo XVIII e inicios del XIX cuando, también como consecuencia de situaciones inéditas hasta entonces como lo fueron la Revolución Francesa, las guerras napoleónicas y la revolución industrial, concibieron un cambio copernicano en la manera de ser de los humanos, convencidos de hallarse ante la posibilidad histórica de construir una sociedad mundial pacífica, dedicada principalmente al progreso de las ciencias, la técnica, el respeto de las normas jurídicas y el bienestar de las personas y pueblos.

Hoy como ayer, partiendo de nuevos escenarios socioeconómicos y políticos, se piensa en una transformación profunda de la condición humana, como si mujeres y hombres se encontraran sometidos a leyes de cumplimiento obligatorio y con pocas o casi nulas posibilidades de influir en la construcción de su propio destino. Neoliberalismo, fundamentalismo del mercado, individualismo creciente, aparecieron en los años noventa del siglo pasado como una especie novedosa de mandato divino frente a los cuales no existía otra alternativa que postrarse, si realmente se aspiraba a un futuro de crecimiento y bienestar.

También, y en la línea de pensamiento señalada, así como en el siglo XVIII diversos autores teorizaron la guerra partiendo de determinados sistemas de armas o despliegues de los ejércitos en el teatro de operaciones –posición que se repetiría durante el siglo XX con la aparición de las armas nucleares–, los estudiosos contemporáneos de los conflictos armados intentan construir teorías y sistemas a partir de la informática, las armas de precisión y el empleo de la información en el campo de batalla. Ya en su tiempo

* Doctor en Relaciones Internacionales, Coordinador del Departamento de Seguridad Internacional y Defensa del IRI – UNLP, profesor de la Maestría y del Doctorado en Relaciones Internacionales del IRI, y Director de la Maestría en Inteligencia Estratégica Nacional Siglo XXI de la UNLP.

Carl von Clausewitz rechazó estos enfoques y elaboró una teoría de la guerra vigente en la actualidad que contiene tres ideas centrales: la relación entre guerras *absolutas* y guerras *reales*, el papel del ser humano en esta actividad que pone en juego valores, creencias y principios morales, y, por último, la política como razón y motivo que explica —el *explanans*— los conflictos armados.

“Las máquinas no hacen la historia aunque ayudan a que los hombres la hagan”, sostenía acertadamente Raymond Aron, pudiendo comprobarse cómo un cambio importante en la escena mundial, producto de la acción humana, aparece acompañado en muchos casos por un conjunto de ideas que apuntan a transformaciones igualmente importantes en las conductas de los hombres, conformando en su evolución una fina trama dialéctica.

Se creyó estar ante el fin de la historia y se habló de los “dividendos de la paz”, al dar casi como un hecho ineluctable la inversión en desarrollo de los recursos hasta entonces gastados por las potencias en armamentos. También en aquellos inicios de los años noventa, el ex presidente de los Estados Unidos George H. Bush anunciaba *urbi et orbe* las bondades de un “nuevo orden” internacional.

Ni cambio importante y trascendental en el comportamiento de los humanos, ni dividendos de la paz dirigidos hacia el desarrollo de los pueblos, ni desaparición de los conflictos armados como muchos creyeron en su momento. Por el contrario, se instaló un sistema unipolar en lo militar bajo la supremacía de los Estados Unidos como líder de Occidente y una marcada tendencia hacia la multipolaridad política, bajo el paraguas dominante de un capitalismo sin los rivales de antaño, con más exclusión y desequilibrios globales.

En lo político ello significó una fuerte presencia del denominado *pensamiento único*, fatalidad inexcusable a la cual debía adherir todo el mundo, acompañado por la militancia activa de los centros del poder mundial a favor de la subsidiariedad del Estado, particularmente en los países en vías de desarrollo, propuesta que se vio expresada —entre otras acciones— en una ola de privatizaciones de los servicios públicos. En los campos sociopolítico y cultural esta nueva realidad fue percibida por millones de personas como el intento de imposición de un modelo materialista basado principalmente en el consumo y la acumulación de objetos, ignorando creencias, valores y tradiciones, en muchos casos milenarios, que a lo largo del tiempo habían actuado como elementos de cohesión de las comunidades. No solamente a muchos habitantes de este mundo se les negaba el acceso a condiciones de vida acordes con las posibilidades que ofrecen los avances de la industria, la ciencia y la tecnología, sino que además se les decía —y se les dice— que deben cambiar sus códigos de comportamiento, formas de organización y relación de la noche a la mañana.

El determinismo que en otras épocas se expresó al considerar la evolución de la acción y conducta humana a partir de una estructura social en particular, un *ser social* que constituía el zócalo sobre el cual se erigían las ideas, o, en el caso de la guerra, tomando como centro un tipo particular de

armamentos, fue completado y ampliado en esta época por la economía, como el elemento central que condiciona el comportamiento y dicta las *leyes* de cumplimiento obligatorio del progreso social.

El Estado, en el contexto señalado, aparecía relegado al archivo de la historia, como si se tratara de una pieza de museo, sin considerar que el Estado es la expresión del bien común y el interés general; el emergente de una construcción política hasta ahora irremplazable, y actor central tanto de la Organización de las Naciones Unidas como de los organismos internacionales de ella dependientes. Funciones indelegables del Estado reconsideradas y recuperadas en toda su importancia a partir del papel asumido durante la crisis de las hipotecas *subprime* en los Estados Unidos en 2008, en Japón luego de las consecuencias trágicas del terremoto y tsunami ocurridos en 2011, y en los sucesos recientemente acaecidos en Túnez y Egipto.

Podemos verificar entonces que la condición humana no ha experimentado modificaciones sustanciales en el tiempo, tal como lo expusieron Albert Einstein y Sigmund Freud durante un extenso y enjundioso intercambio epistolar ocurrido durante el año 1932. Se verifica también el postulado de Hegel acerca de que la angustia existencial básica que conmueve a los humanos pasa por su capacidad para pensar e imaginar el infinito sabiéndose finitos al mismo tiempo, lo que se ha denominado *dialéctica finito-infinito*, confiriéndole en consecuencia a las creencias religiosas y/o valores fundamentales un papel central en el devenir y comportamiento tanto de las personas como de las sociedades.

El conflicto, en los términos en que Max Weber lo definió en su tiempo, es una categoría política abarcadora de toda la existencia humana y la evolución de las sociedades. Pensar un mundo sin conflictos equivale a considerarlo esclerosado, mudo y sin movimiento. Por ello, así como el universo se encuentra en un perpetuo fluir, en movimiento –tal como lo afirmaron en su tiempo Heráclito y los presocráticos en la antigua Grecia–, regido en varios aspectos por las leyes del caos y debiendo pensar más en posibilidades y probabilidades que en mundos cerrados y terminados, la dialéctica de las sociedades humanas –como parte integrante del universo– se conforma a partir del choque de opuestos, hallándose en la base misma del movimiento como aquello que permanece de la desaparición. El conflicto puede o no tener resolución violenta, sin que la existencia de uno implique necesariamente la ocurrencia del otro.

Debe observarse entonces, como una de las contradicciones esenciales que hoy conmueve a la especie humana, aquélla caracterizada por la incertidumbre que predomina en la evolución del universo y las sociedades, por un lado, tanto como la necesaria búsqueda de certezas por el otro. Queda de esta manera planteada la búsqueda de una nueva síntesis que resuelva los dos términos de esta oposición principal.

Podemos verificar entonces que la condición humana no ha experimentado modificaciones sustanciales en el tiempo

Los rasgos distintivos de los conflictos contemporáneos muestran la presencia de intereses encapsulados en valores, en visiones opuestas acerca del mundo, la sociedad, los seres humanos, la vida y la muerte. Conflictos que, cuando escalan hacia su resolución violenta, presentan todos los elementos de lo *absoluto* en los términos de Clausewitz, es decir, aquellos en

Ello define una de las fisonomías centrales de los conflictos armados de nuestro tiempo, en los que predomina la asimetría y en los que el factor humano aparece como más decisivo e importante que el empleo de la tecnología.

los que se busca el exterminio del adversario, su aniquilamiento. Ello define una de las fisonomías centrales de los conflictos armados de nuestro tiempo, en los que predomina la asimetría y en los que el factor humano aparece como más decisivo e importante que el empleo de la tecnología. Por ejemplo, según el Anuario del prestigioso SIPRI publicado en el año 2005 en Suecia, entre 1990 y 2004 tuvieron lugar cincuenta y siete conflictos armados en el mundo, de los cuales cuatro fueron entre Estados y cincuenta y tres dentro de un mismo Estado: veintinueve de los cuales por el control de un gobierno y veinticuatro por el control de un territorio.

La tríada fundamental –*organización-energía-información*–, modela y condiciona la evolución de los complejos sistemas político-estratégicos y sus subsistemas militares; el cambio de una de las partes influye sobre el conjunto, tal como ocurrió en su tiempo con la aparición de las armas de fuego, lo nuclear en el siglo XX y las asimetrías en la actualidad. Estos cambios ejercen una influencia considerable sobre la estructura mental de los dirigentes políticos y militares y sobre el planeamiento estratégico, tanto a nivel político como militar.

El escenario mundial se encuentra actualmente surcado por la incertidumbre política que da lugar a una fuerte incertidumbre estratégica; corresponde señalar que toda estrategia comporta un grado mayor o menor de incertidumbre, en este caso de un grado más elevado, conformada por realidades frente a las cuales no solamente Estados debilitados se hallan en dificultades para asumir sus funciones primordiales, sino que de manera creciente actores no estatales adquieren relevancia en otros tiempos confinada y contenida por el juego de aquéllos. A ello debemos añadir los efectos perniciosos o no deseados de una globalización cuando socava las bases ideológicas y nacionales que tiempo atrás constituyeron el zócalo que daba cohesión y razón de ser a muchos conglomerados humanos; valor de lo negativo, fundamentalismos religiosos, nacionalismos y particularismos de diverso tipo aparecen cada vez más como la respuesta y antítesis natural de este proceso.

De esta manera queda así en entredicho la relación entre poder y legitimidad, al constatar que grupos e individuos cuentan con gran poder pero escasa o nula legitimidad, mientras que otros ven su poder recortado para encarar con éxito la transformación de su sociedad aunque dispongan de la necesaria legitimidad de origen.

En este contexto podemos comprobar cómo la guerra no ha desaparecido de la faz de la Tierra, si bien ha ido mutando bajo diferentes formatos y condiciones.

Tal como fue enunciado en el inicio de este trabajo, el *fin de la historia* dominó la reflexión estratégica luego de la desaparición de la Unión Soviética, época marcada por la carrera norteamericana hacia la ocupación de aquellos lugares abandonados por el rival, en particular los ubicados en Asia Central con importantes reservas de hidrocarburos y en la *elipse petrolera* de Medio Oriente.

La Guerra del Golfo de 1990-1991, la derrota de Slobodan Milosevic en la ex Yugoslavia y el abandono del poder por parte de los talibanes en Afganistán luego de los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Washington y Nueva York, fueron estudiados dentro de un nuevo escenario dominado por la presencia imperial de Estados Unidos, circunstancialmente acompañado por alguna coalición en la cual las armas “inteligentes” de la Revolución en los Asuntos Militares (RMA en inglés) hacían gala de su enorme potencial para resolver situaciones con *cerro muerto* para los efectivos occidentales, no así para aquellos que resultaban ser las víctimas pasivas de su agresión.

De esta manera y en ese marco se desarrollaron los acontecimientos hasta el año 2006, año en el cual las fuerzas del Hezbollah libanés dieron por tierra con la creencia en la invencibilidad del ejército israelí en el sur del Líbano; y a lo cual debe sumarse el empantanamiento político y militar norteamericano tanto en Irak como en Afganistán.

Estas confrontaciones armadas presentan nuevos elementos a tener en cuenta en los escenarios contemporáneos. Aparece de manera evidente el contraste entre la eficacia del poder militar (israelí u occidental-estadounidense) y la incapacidad de aquellos que lo poseen y utilizan para transformarlo en victoria política. Tal como bien lo refiere Pierre Hasner “...vivimos en el siglo del poder relativo”.

Los conflictos, tal como fue señalado, oponen a adversarios muy diversos, imbuidos de motivaciones, objetivos y fuerzas diferentes. Por ello prevalecen las denominadas “guerras indirectas” aunque no se trate de algo no conocido anteriormente, guerras que en su tiempo fueron teorizadas por autores británicos, entre los que se destacó sir Basil Liddel Hart. Cabe constatar aquí que un logro no menor del *ihadismo* es el haber impuesto en muchos aspectos una marcada sensación acerca del carácter global de su lucha.

En este contexto los Estados Unidos, principal potencia militar del mundo, se ven obligados en muchas ocasiones a entrar en batallas que pueden perder, a pesar de contar con importantes medios de destrucción que chocan con el escudo improvisado y defensivo del adversario, en particular si la comparación se aborda desde el análisis político. Muchos consideraron que las armas modernas, especialmente aquellas sostenidas por la informática y la

En este contexto podemos comprobar cómo la guerra no ha desaparecido de la faz de la Tierra, si bien ha ido mutando bajo diferentes formatos y condiciones.

información, iban a cambiar el curso de la guerra al reducir casi a cero la “bruma de la guerra” de Clausewitz, hoy más presente, más densa y espesa que nunca.

La palabra clave entonces no es “destrucción” o “conquista”, acción llevada a cabo por democracias ávidas de victorias rápidas y contundentes, sino “perturbación”, entendiendo por la misma que comprometer la estabilidad ya es en sí mismo una victoria, aun parcial.

La palabra clave entonces no es “destrucción” o “conquista”, acción llevada a cabo por democracias ávidas de victorias rápidas y contundentes, sino “perturbación”, entendiendo por la misma que comprometer la estabilidad ya es en sí mismo una victoria, aun parcial.

La superioridad táctica exhibida por las grandes potencias es igualmente contraproducente, dada la desproporción de los medios empleados y que ello pueda ser interpretado como causa de mayor inestabilidad. Al incrementarse los desequilibrios se alimenta el resentimiento, los sentimientos de odio e injusticia, generándose dificultades para que pueda funcionar la “conquista del corazón” del adversario, propuesta en su momento por el general norteamericano McChrystal en Irak.

Las pretendidas guerras de “democratización”, en consecuencia, tienden a convertirse en guerras de ocupación, tal como puede observarse en los escenarios de Irak y Afganistán, muy probablemente también en Libia. Nada nuevo bajo el sol, pues en muchos aspectos se repiten las historias de los Estados Unidos en Vietnam, y de Afganistán durante los años de la ocupación soviética.

Cabe destacar que en estos tiempos impregnados por la hiperinformación se comprueba una situación peor que la derrota: la no victoria. Se plantea así, en consecuencia, la difícil adaptación de los ejércitos de las grandes potencias —preparados para victorias rápidas y contundentes— a las crisis del poder y los nuevos escenarios.

Aquel antiguo, siempre presente y actual fundamento de la estrategia conformado por la relación entre el débil y el fuerte, permaneció largo tiempo opacado por la confrontación bipolar, si bien presentó manifestaciones importantes en los escenarios de Asia central y el sudeste asiático, tal como fue consignado *ut supra*.

Hoy aparecen, tal como lo plantea no sin cierta ironía Jean-Christophe Rufin, los denominados *nuevos bárbaros* que acechan al imperio, como consecuencia de la mundialización de la economía, la difusión de saberes, la evolución tecnológica y la transformación de las sociedades.

Recordemos al pasar que Al Zawahiri, entonces número dos de *Al Qaeda*, afirmaba hace algún tiempo que el atacante suicida (o *voluntario a la muerte* para algunos) es un arma letal al ser muy renovable, más económica que otras más modernas y tecnológicamente avanzadas, y porque descansa en la inteligencia humana. Un individuo motivado, provisto de un teléfono celu-

lar y una mochila con explosivos, puede llegar a producir un daño significativo de consecuencias imprevisibles.

Occidente, desde mediados del siglo XIX aproximadamente, se lanzó de manera sistemática al asalto del resto del mundo, basado en valores que supuestamente son superiores y a los que los demás debían adaptarse. En este empeño, fuerzas regulares de Estados “civilizados” libraron combates lejanos contra elementos tildados de “irregulares”; es a partir de allí que la relación de fuerzas entre el Fuerte (occidental) y el Débil (otro) ilumina la historia de las relaciones entre Occidente y lo que se considera su periferia.

En un ejercicio de prospectiva podemos constatar, sin temor a equivocarnos, la reducción creciente de Occidente; el crecimiento demográfico es cada vez más bajo (cuando no decrecimiento) frente a otras comunidades que en algunos casos exhiben índices elevados; los resultados económicos resultan negativos frente a los verificados en otras naciones o regiones al mismo tiempo que decrece su participación en el comercio internacional. A lo cual podemos agregar la cita de Hubert Védrine cuando señala que Occidente “perdió el monopolio del relato”; y coincidir con Baudrillard cuando observa que Occidente carece de valores trascendentes, al plantear como meta final de la vida de las sociedades y los humanos el consumo desenfrenado y la acumulación de objetos.

Por ello, cuando se plantea la relación del débil con el fuerte, Afganistán, Irak y el Líbano muestran a combatientes no estatales que emplean esquemas operativos capaces de jaquear a grandes ejércitos, obteniendo ventajas de las asimetrías. De ello surge naturalmente la pregunta acerca de qué tan débiles son unos, como qué tan fuertes son los otros.

Ya en tiempos de la bipolaridad, las armas nucleares expusieron la dialéctica débil-fuerte ante la incapacidad de las grandes potencias de servirse de estos artefactos en conflictos que no significaran una confrontación directa entre las mismas.

En la actualidad podemos verificar la existencia de aquello que Arnaud de La Grange y Jean-Marc Balencie (1) denominan “conflictos de acceso”, vinculados con el rechazo de las potencias occidentales a que terceros países accedan a tecnologías o saberes que puedan llevar a una igualación de la potencia, por ejemplo, lo nuclear o espacial, como resulta el caso —no sin cierta dosis de hipocresía— de Irán. Aparecen también los conflictos de “pérdida de acceso”: a mercados, a tecnologías o a fuentes de materias primas, pudiendo observarse una creciente “rivalidad de acceso” entre Estados, cuyo origen se encuentra en causas potencialmente numerosas: yacimientos energéticos, minerales raros, alimentos, control de rutas de transporte, agua dulce, etc.; elementos que plantean como objetivo no tanto la posesión de los mismos o del territorio que los alberga, sino un acceso permanente y segu-

Por ello, cuando se plantea la relación del débil con el fuerte, Afganistán, Irak y el Líbano muestran a combatientes no estatales que emplean esquemas operativos capaces de jaquear a grandes ejércitos, obteniendo ventajas de las asimetrías.

ro. Ejemplo de ello es la política de la República Popular China hacia los países productores de materias primas, particularmente africanos.

En este escenario incierto y complejo aparecen las guerras de cuarta generación, en inglés *Fourth Generation Warfare* (4GW). Una mirada rápida efectuada por los analistas de la G4G indica que la historia militar de los tiempos modernos, desde Westfalia en 1648 hasta hoy, puede dividirse *grosso modo* en cuatro períodos. Un primer período caracterizado por la superioridad de la masa humana combatiente equipada con fusiles a chispa y ordenada en concentraciones en líneas y columnas, lo cual, junto a la maniobra, hacía la diferencia en el campo de batalla. El segundo período privilegió el poder de fuego sobre la cantidad, evolución técnica ligada a la revolución industrial y al desarrollo de la artillería, en particular los cañones y las ametralladoras. En un tercer período aparece la maniobra, basada en los desplazamientos veloces y una gran audacia como elemento central; ocupan la escena las fuerzas mecanizadas y el apoyo aéreo, constituyendo la innovación táctica y la eficacia logística elementos clave para el éxito en la guerra; ejemplo de ello es la *blitzkrieg* alemana en 1940. El cuarto período, el actual, se define por el rodeo temporal del poder del adversario, aprovechando para ello las posibilidades que ofrecen tanto el desarrollo de la información como las contradicciones resultantes de la mundialización de las economías y las sociedades; en este caso el objetivo es desgastar la fuerza moral del enemigo mediando acciones con fuerte contenido político e ideológico, acciones que se insertan en aquello que Clausewitz denominó *pequeñas guerras*, según el modelo ofrecido en su tiempo por la resistencia española contra Napoleón, y sustentado durante un tiempo más o menos prolongado en la ofensiva táctica y la defensiva estratégica.

En este punto resulta interesante observar cómo esto último se ve desde una potencia central; así, dice al respecto el Coronel de *marines* Thomas Hames: “El recurso a la fuerza no busca destruir al enemigo sino convencerlo de la inutilidad de seguir peleando. La prioridad no está en matar al adversario, se lo debe cansar, obligarlo a ceder, para que se retire, para que renuncie. Todos los medios son válidos para afectar su moral: la acción militar, particularmente de baja intensidad, pero también el terrorismo, la guerra psicológica, la desinformación, la propaganda, el aumento de los costos, tanto humanos como financieros”. (2)

En ocasión de la guerra de Vietnam durante los años setenta del siglo pasado, le preguntaron al líder chino Mao Tsetung cómo consideraba el hecho de que el alto mando norteamericano estudiara sus obras dedicadas a la guerra revolucionaria, para aplicar luego sus enseñanzas al teatro de operaciones señalado; la respuesta de Mao fue: “...van a tener que cambiar de política si aspiran a tener resultados tácticos y estratégicos que los beneficien en el campo de batalla”.

La *clave*, entonces, que es justamente lo que no comprende el coronel Hames, es política: se trata de hacer que el “débil” acepte su derrota, para lo cual la batalla de la información –entre otros aspectos– desempeña una

importante función. Tanto la dimensión psicológica como la percepción mediática pueden anular toda o en parte la realidad militar objetiva y llevar al conflicto a una dimensión virtual. El “fuerte” necesita en este caso resultados inmediatos, visibles y concretos; mientras que el “débil” juega con el tiempo a su favor en el marco teórico de las *pequeñas guerras* de Clausewitz anteriormente mencionado. Conviene por lo tanto hablar de derrota imposible y de victoria improbable en un juego donde el problema central se relaciona con quien finalmente conquistará a la opinión pública y “ganará los corazones” del general McChrystal.

En estos escenarios emerge el denominado *insurgente-innovador*, que utiliza la estrategia sin tiempo, tratándose de un adversario no estatal al cual deben hacer frente las potencias occidentales. Un error significativo, por ejemplo, del ocupante estadounidense en Irak en 2003 fue la disolución del ejército iraquí y en particular de la Guardia Republicana; ejército estructurado en su momento a partir de su lealtad al Estado, lealtad que desde el año de su desaparición se orientó al partido o al clan, brindándole un apoyo considerable y en muchos casos significativo a la Resistencia.

El “insurgente-innovador” se reconoce a sí mismo en referencia a una identidad que puede ser transnacional o infranacional; ejemplo de ello son el Hezbollah libanés y el escenario insurreccional iraquí en el cual existen, según las informaciones disponibles, entre setenta y cinco y cien estructuras armadas de filiación diversa: sunitas, chiitas, kurdos, turcomanos, tribus, etc., conformando el “triángulo” sunita de Irak una suerte de Silicon Valley de las guerrillas globales según lo señala la inteligencia norteamericana. No hay centro de gravedad, tampoco líder carismático, el desmantelamiento de un grupo no presenta un impacto significativo sobre el funcionamiento del conjunto; la eliminación de un jefe de célula —como es el caso actualmente de Osama ben Laden— puede generar una perturbación temporal de la actividad y es rápidamente reemplazado ante el horror que genera el vacío en una dinámica insurreccional. En todo ello aparece una cierta lógica darwinista según la cual llegan los más fuertes, competentes y afortunados. El objetivo durante un tiempo indeterminado no consiste en derrotar al Fuerte sino demostrar todos los días capacidad de perturbarlo —ofensiva táctica y defensiva estratégica—; para tal fin los activistas se organizan en grupos pequeños e ideológicamente muy motivados, se funden en la población y desdeñan la ocupación de un territorio pues ello ofrece un blanco identificable al Fuerte, además de tener que atender a los habitantes de un lugar determinado. La arquitectura organizativa es descentralizada y sin jerarquías, con células que no son fáciles de infiltrar.

Ante esta realidad que plantea el “insurgente-innovador”, las tácticas con-

El “fuerte” necesita en este caso resultados inmediatos, visibles y concretos; mientras que el “débil” juega con el tiempo.

Conviene por lo tanto hablar de derrota imposible y de victoria improbable.

trainsurreccionales basadas en la fuerza militar son poco efectivas y probablemente deberían tomar como modelo la lucha policial contra el crimen organizado. Más que destruir redes, el objetivo sería perturbar su funcionamiento, comprendiendo y cartografiando la evolución de las mismas.

Otra mutación importante se vincula con el teatro de operaciones: el campo de batalla clásico no existe, se encuentra diseminado, es global y cada individuo en su nivel es actor y protagonista de la crisis. Frente y retaguardia se mezclan tanto como civiles y combatientes, situación de guerra y situación de paz se imbrican una en la otra y el pasaje de una situación a la otra puede ocurrir en un tiempo muy corto. En cierta forma podemos afirmar que la “bruma” de la guerra de Clausewitz es reemplazada por la “bruma de la crisis”, en un cuadro de fuerte incertidumbre política en el contexto ya analizado.

En lo que a la formación y asesoramiento del combatiente respecta, el ingeniero militar, protagonista fundamental como auxiliar del ejército en las guerras de alta intensidad, es sustituido por el especialista en ciencias humanas, indispensable para el soldado comprometido en lo que se ha dado en llamar “pequeñas guerras exóticas”.

En lo que a la formación y asesoramiento del combatiente respecta, el ingeniero militar, protagonista fundamental como auxiliar del ejército en las guerras de alta intensidad, es sustituido por el especialista en ciencias humanas, indispensable para el soldado comprometido en lo que se ha dado en llamar “pequeñas guerras exóticas”.

Otro aspecto, muy importante, a considerar tiene que ver con los escenarios. Durante el año 2007 la población mundial que vive en ciudades por primera vez en la historia superó a la que habita en áreas rurales. Según las previsiones de la ONU, hacia el año 2030 el 60% de la población mundial se alojará en ciudades, configurando las mismas, en consecuencia, uno de los más importantes teatros de las guerras futuras.

La urbanización del teatro de operaciones ofrece ventajas al defensor y reequilibra la relación de fuerzas; en muchos campos reduce la supremacía tecnológica del fuerte sobre el débil y confina, casi a nada, la utilidad del componente aéreo.

No hay más *soldado plasma* como lo denominan La Grange y Balencie y vuelven los tiempos de los guerreros, cuyo modelo es la guerra de Hezbollah contra Israel 2006; vuelve la tropa de a pie, las guerras *homocéntricas* como lo sostenía el general norteamericano Shinseki en los años noventa. “El hombre decide en todo” afirmaba Mao Tsetung, recuperando de cierto modo a Maquiavelo cuando éste sostenía que “...la infantería es el nervio de la guerra”. Una vez más se impone la observación de don Miguel de Unamuno de que “...para innovar, no hay como los clásicos”.

El caso de Hezbollah es digno de mención porque se trata de un movimiento político de confesión chiita con fuerte presencia en la sociedad liba-

nesa y que cuenta con un brazo armado organizado según una estructura guerrillera bien equipada y estructurada. Está mimetizado con la población y en muchos casos, durante la confrontación con los israelíes, hizo uso de túneles construidos según el modelo norcoreano. De esta forma las tropas judías pudieron entrar solamente doce kilómetros en territorio libanés al cabo de un mes de operaciones, sufriendo una importante cantidad de bajas y pérdida de material. En este caso particular, los israelíes debieron enfrentar una “tecnoguerrilla” muy creativa y con tropa motivada. Por ello se afirma que sufrieron una derrota de proporciones más en lo simbólico que en lo militar.

Tanto en Vietnam, como en Afganistán en su momento, y hoy en Irak, Afganistán y sur del Líbano, la finalidad parcial del “insurgente-innovador” es dejar clara la incapacidad del ocupante para controlar y resolver la situación. Por ejemplo, desde 2001 hasta 2007, según la Casa Blanca, el presupuesto militar de los Estados Unidos creció 62%, ¿con qué resultados? se preguntan muchos. En otro orden de cosas, según la Oficina del Presupuesto del Congreso norteamericano, el costo total de las guerras en Irak y Afganistán proyectado al año 2017 ascendería a dos billones cuatrocientos mil millones de dólares. Frente a estas sumas colosales, la insurgencia en Irak se sostiene económicamente gracias al contrabando de petróleo, si se toma como referencia que un 40% del mercado de este hidrocarburo se realiza en negro; algo similar ocurre en Afganistán, donde el recurso económico de los talibanes es el opio y la exportación de heroína.

En otro orden de cosas, si partimos de considerar la “productividad” en términos de fabricación de perturbación, la capacidad de un insurgente-innovador es muy superior a la de un militar occidental, si se consideran los términos que el mismo se impone en cuanto a fabricación de estabilidad.

De acuerdo a Colin Gray, uno de los problemas de los Estados Unidos es la disociación entre lo militar y lo político. Según este analista, los norteamericanos hacen la guerra porque fracasó la política y no apoyan a la política porque ahora la guerra la reemplaza, situación que —como puede observarse— le otorga una autonomía considerable a los comandantes de los teatros de operaciones. Resulta interesante aquí citar al general británico Nigel Aylwin Foster, que permaneció un año en el Estado Mayor norteamericano en Irak: “...el ejército norteamericano no se adapta a la contrainsurrección”, “...numerosos oficiales exhiben *insensibilidad cultural* y presentan dificultades para comprender los matices de una guerra”. (3)

El informe del Pentágono, *Quadriennial Defense Review* de 2006, citaba: “...entre mayo de 2003 y mayo de 2005, la mayoría de las 127 operaciones de pacificación emprendidas en Irak fueron realizadas en respuesta a las

En otro orden de cosas, si partimos de considerar la “productividad” en términos de fabricación de perturbación, la capacidad de un insurgente-innovador es muy superior a la de un militar occidental, si se consideran los términos que el mismo se impone en cuanto a fabricación de estabilidad.

actividades de la insurgencia con el fin de capturarlos y eliminarlos. Únicamente el 6% de esas operaciones estuvo dedicado a la creación de un contorno de seguridad para la población”. (4)

Por todo ello resulta oportuno una vez más apelar a La Grange y Balancie: “Si los satélites a veces encuentran dificultades para ubicar a los nuevos rebeldes, los cerebros de quienes adoptan las decisiones tienen aún más dificultades para comprenderlos”.

Un asunto importante a considerar y que hoy constituye un motivo de preocupación a nivel mundial se relaciona con la creciente “privatización” de la violencia mediante el recurso a las Compañías Militares Privadas (CMP), versión edulcorada y moderna de la antigua profesión de los mercenarios.

El trabajo de los mercenarios ha conocido suertes diversas a lo largo de la historia y sus actividades tienen siglos de existencia. Es a partir del Tratado de Westfalia que los mercenarios pasan a cumplir funciones menores ante la concentración en manos de los Estados del ejercicio del monopolio de la violencia, hacia adentro y hacia afuera de una determinada configuración territorial. Maquiavelo condenó en su tiempo a los mercenarios y la Revolución Francesa de 1789 involucró al ciudadano en la defensa de la patria y en la revolución de *la Nación en armas*, lo que no impidió la incorporación de mercenarios –aunque en una proporción menor– en los ejércitos napoleónicos. En 1780, por ejemplo, las sociedades mercantiles inglesas contaban con más efectivos que los disponibles al servicio de Su Majestad en *el empire*.

A pesar de que existen en la actualidad nutridos y variados instrumentos internacionales que condenan el empleo de tropas mercenarias, ello no ha constituido un obstáculo para el desarrollo de empresas que se dedican a estas actividades. El sector de prestaciones de servicios militares se ha expandido rápidamente en los últimos tiempos, con sociedades que cotizan en bolsa y pagan en muchos casos dividendos superiores a los ofrecidos por empresas dedicadas a otras actividades, tanto en Wall Street como en la City londinense.

Las operaciones ya no se ocultan como en otros tiempos y las CMP firman acuerdos con Estados, gobiernos, organizaciones de ayuda humanitaria e incluso la ONU. El 4 de diciembre 1989 fue sancionada la *Convención Internacional sobre el Reclutamiento, la Utilización, el Financiamiento y el Entrenamiento de Mercenarios*, en el marco de las Naciones Unidas. Por su lado, el diplomático mexicano Efrán G. Marqué Rueda, haciéndose eco de un Informe elaborado en 1992 por la Corte Internacional de Justicia, señala algunos rasgos de la condición jurídica de los mercenarios a la luz de la Convención de 1989 mencionada. Según esta apreciación, el mercenario no es parte de las fuerzas armadas regulares de las partes beligerantes; integra un grupo armado irregular no reconocido por el derecho internacional, por lo que no goza de los derechos consagrados a los combatientes; al carecer del estatuto de combatiente no puede ser considerado prisionero de guerra ni gozar de los derechos contemplados en el derecho de guerra y en el Derecho Internacional Humanitario; es un criminal internacional; no forma parte de

un grupo reconocido por el derecho internacional y en la mayoría de los casos su misión es eliminar a los movimientos de liberación nacional; es un extranjero ajeno a las partes en conflicto, no se halla alistado en un ejército regular y no persigue fines políticos o ideológicos, sino de lucro y beneficio personal.

La Resolución 196/57 del 25 de febrero de 2003 de la Asamblea General de las Naciones Unidas, además de instar a los países miembros a no utilizar los servicios de tropas mercenarias, considera que éstas constituyen una amenaza para la paz e infligen los propósitos y principios de la Carta. Dice Peter W. Singer: “La moderna industria militar privada emergió a comienzos de los años noventa, conducida por tres dinámicas: el fin de la Guerra Fría, las transformaciones en la naturaleza de la guerra que confundieron los límites entre militares y civiles, y una tendencia general hacia la privatización y tercerización de las funciones del Estado. Estas tres fuerzas se alimentan unas a otras”. (5) A lo que agrega Sami Makki, investigador del CIRPES francés: “Una parte creciente de estos programas (los de contratación de mercenarios de los EE.UU.) procura desplegar las fuerzas optimizando la flexibilidad y las capacidades de reacción rápida, eliminando las etapas de control administrativo y los procedimientos burocráticos. Más aún, los mismos ofrecen una solución de recambio a una política exterior controlada por el Congreso, particularmente en lo que atañe al envío de tropas terrestres cuyo objetivo político es *cero muertos* así como la conducción de acciones clandestinas. Pueden también facilitar operaciones contradictorias con las opciones estratégicas *oficiales*; afirmando su neutralidad e involucrándose en el mantenimiento de la paz en Bosnia por medio de la *Implementation Force* (IFOR), el gobierno norteamericano dejó a MPRI la tarea de facilitar el tráfico de armas y entrenamiento del ejército de la Federación Croato-musulmana que preparaba la gran ofensiva de 1994 en Krajina, todo ello en violación del embargo dispuesto por la ONU”. (6)

El problema que plantean las compañías militares privadas, en la actualidad segunda fuerza presente en Irak y muy activas en Afganistán, se relaciona con la posibilidad de que las mismas se transformen en un Estado dentro del Estado, contratadas ya sea por los gobiernos —como ocurre en el caso de los escenarios mencionados cuyo contratista es el mismísimo Pentágono—, o bien por empresas transnacionales en custodia y representación de sus intereses particulares, que no siempre coinciden con el interés general de los países en los cuales se encuentran ubicadas.

Todo ello sucede en un contexto global signado por el *discurso único* y el *fundamentalismo* del mercado de la *doxa* neoliberal, cuyos efectos también se hacen sentir más allá de la economía y resultan consecuentes con el debilitamiento de los Estados. Estados que, de acuerdo a estas ideas, ya no representan el interés general, reemplazado cada vez más por los intereses particulares.

Uno de los objetivos centrales de las Naciones Unidas estuvo dirigido a impedir las guerras (objetivo no siempre logrado) o bien morigerarlas. La pre-

sencia de empresas de mercenarios que lucran con la guerra no solo viola la Carta sino que constituye, como ha sido señalado, un atentado contra la paz ya que sus beneficios se vinculan con la guerra. Por otro lado, más allá de “privatizar” la guerra, la presencia de estas compañías elude la intervención

Guerras más absolutas en las que el hombre –más homocéntricas–, ocupa un lugar central, en contextos marcados por fuertes asimetrías y frente a las cuales resulta muy difícil, cuando no directamente imposible, moderar el uso de la violencia al estar en juego valores, principios y creencias diversos y antagónicos.

de la política en las decisiones fundamentales que tienen que ver con la guerra y la paz, en particular cuando las mismas deben ser adoptadas por organismos colegiados, como es el caso de los parlamentos en la mayoría de los países del mundo.

La pregunta que permanece sin respuesta es la que formulan algunos antropólogos, relativa a si la prohibición de la guerra, como consecuencia de la experiencia traumática de la Segunda Guerra Mundial, no ha tenido finalmente como consecuencia que la misma ocurra sin las restricciones y los límites que en otros tiempos, en mayor o menor medida, observaban las partes involucradas. Guerras más absolutas en las que el hombre –más homocéntricas–, ocupa un lugar central, en contextos marcados por fuertes asimetrías y frente a las cuales resulta muy difícil, cuando no directamente imposible, moderar el uso de la violencia al estar en juego valores, principios y creencias diversos y antagónicos.

Las guerras no han desaparecido y muy probablemente no desaparecerán de la faz de la Tierra porque se hallan comprendidas en los meandros profundos de la condición humana. Los escenarios hasta aquí desarrollados ocupan hoy un lugar destacado en la reflexión y la construcción de teoría acerca de la evolución de los conflictos armados en el planeta. No puede descartarse, por otro lado, una confrontación mayor entre las grandes potencias si se tienen en cuenta las crecientes y conflictivas relaciones entre las mismas, en un contexto signado por un posible cambio del centro del poder en el actual sistema mundo.



Citas bibliográficas

- 1) De La Grange, Arnaud y Balencia, Jean-Marc: *Les guerres bâtardes*. Perrin. Paris, 2009.
- 2) Hames, Thomas: *The Sling and the Stone: on War in the 21° Century* (St. Paul MN), Zenith Press, 2004. Pág. 2.
- 3) Foster, Nigel Aylwin: *Changing the Army for contrainsurgency operations*. Military Review. Diciembre, 2005.
- 4) Quadrennial Defense Review: Citado en *Les guerres bâtardes*. Pág. 143.
- 5) Singer, Peter W.: Citado en *La Guerra como negocio*, de Rolf Uessler. Norma. Bogotá, 2007. Pág. 112.
- 6) Makki, Sami: National Defense University. *Strategic Assesment, 1999*. Washington DC, 2000. Pág. 240.